

siglo; a los intelectuales de la generación del 14; y a los vanguardistas cuyo núcleo principal lo forman los autores del 27. Soldevila prefiere acotar la fecha de 1923 para agrupar a estos escritores reunidos en torno a la *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset, pues considera que es a partir de 1927 cuando el compromiso político de algunos autores hizo que el grupo se disgregase.

La segunda parte lleva por título “La generación de la guerra civil” y sigue la línea de la anterior: tras una introducción en la que se aborda el contexto político-social entre otros temas, los distintos escritores van cobrando protagonismo. Hay que destacar la detallada explicación de la trayectoria de Cela y el tratamiento de la actitud escapista a través de distintos movimientos: tremendismo (Laforet, Delibes...), “garcilismo” e indagación en la Historia (Torrente Ballester).

La tercera parte solo está esbozada con una breve introducción: recordemos que estamos a la espera de la aparición de un segundo volumen, y se titula “La nueva coyuntura española al mediar el siglo”.

Es obligado destacar que uno de los valores principales de este libro es el completo corpus bibliográfico. Unido esto a que se trata de una obra meditada y en continuo proceso de formación durante más de dos décadas, la convierten en uno de los medios más válidos para conocer el panorama novelístico de este período decisivo para la historia de España.

**Saúl Garnelo Merayo**



**Gonzalo Santonja, *Siete lugares*, Valladolid (Ámbito) 2002, 159 pp.**

La casualidad ha querido que en las librerías podamos encontrarnos, en este otoño de 2002, con dos libros cuyos títulos se tocan en algún punto, pero cuyo contenido y propósito resultan diametralmente opuestos. El lema de uno de ellos es *Siete ciudades* (Barcelona: Edícola-62, 2002), siendo traducción del original francés *Sep Villes*, y se debe a Olivier Rolin. El otro, al que dedicamos las presentes notas, ha sido escrito, y vivido antes que escrito, por Gonzalo Santonja, quien lo ha denominado *Siete lugares*.

No me parece oportuno concederme la cómoda licencia de glosar el hecho de que ambos autores hayan elegido siete latitudes geográficas, a fe que bien distintas, para la estructura de sus respectivas obras. Sí consideramos útil, en cambio, poner de relieve que entre esas dos publicaciones se advierte un contraste completo, y aun cabría añadir que la del salmantino es susceptible de representar una contundente alternativa a la del gallo.

En *Siete ciudades* asistimos, en efecto, a evocaciones de urbes de renombradísima vitola cultural y literaria, entre ellas Buenos Aires, Praga, Lisboa, Alejandría, espacios inmortalizados por plumas de literatos de fama celeberrima. Por el contrario, *Siete lugares* no solo se centra en otros tantos parajes de Castilla y León, sino que el espíritu que anima estas páginas está alentado precisamente por un sentido de afirmar la idiosincrasia más honda de estas tierras y de sus hombres, en una afirmación que, en

su contrafaz, supone una declarada y severa desestima de los viajes fatuos a metrópolis envueltas en aureolas tan relumbrantes como manidas a fuer de turísticas.

Subtitulado “Tierras adentro”, *Siete lugares* rompe una lanza en pro de un periplo hacia el interior más profundo de unas latitudes de reciedumbre y cuya sobria riqueza natural, histórica y humana solemos desconocer, muy lamentablemente.

No, nada tiene en común *Siete ciudades* con el libro de Gonzalo Santonja, libro que se deja asociar con una muestra fotográfica, recién clausurada, que se ha expuesto en la madrileña Casa de Campo. Aludimos a la exposición de instantáneas del fotógrafo Eustasio Villanueva (1875-1949), en la que se ha exhibido una serie de fotografías selectas de pueblos, monumentos y gentes burgalesas.

Pese a las obvias diferenciaciones entre el escritor de Béjar y el fotógrafo de Burgos, sus miradas y sus sentimientos emparentan entre sí. Varias generaciones los separan, bien cierto, pero los une, los identifica una encendida pasión por los enclaves más recónditos de estos horizontes regionales de secular prosapia histórica, un apasionamiento férvido que se extiende asimismo a tantos pueblos despoblados, a tantas ruinas pétreas cuyo patetismo nos sobrecoge, a un tan riquísimo patrimonio que, demasiadas veces víctima de expolio cuando no de incuria, sigue enarbolando la dramática verdad de sus muros y la tremenda belleza artística lograda por constructores, artesanos y maestros de las artes que concurrieron en un pretérito inolvidable.

*Siete lugares* constituye, en el decurso bibliográfico de Gonzalo Santonja, uno de sus títulos de impronta más personal. Y es que la obra no admite ser colocada en el apartado en el que se relacionan los escritos de investigación que integran su nutrido currículo universitario, centrados en su mayoría en estudios sobre la vida intelectual española del siglo XX, sino que estamos ante un atípico grupo de siete textos en torno a otros tantos lugares de Castilla y León, textos que nos aportan claves esenciales para un más cabal entendimiento complejo de la zona, y paralelamente nos ofrecen el más auténtico perfil humano del autor.

El marbete de libro de viajes podría servirnos como aproximación subgenérica a la obra que nos ocupa. Pero enseguida habría que pensar que los recorridos descritos, a los que se invita a conocer por los lectores de *Siete lugares*, son rutas comarcanas y rurales a pie, son caminería pura y dura, pero caminería andante. Y andante en una doble acepción. Andante como caminería andariega, y andante como caminería quijotesca. Sí, quijotesca, es decir preparada para desfacer los entuertos del vacuo *pedigree* del viaje *long distance*, los entuertos del brillo intelectualoide de las posmodernidades, y los entuertos de un patrimonio en muchas ocasiones esquilado.

Apuntaba un poco más arriba que en *Siete lugares* se retrata Gonzalo Santonja con más nitidez que en ninguno de sus libros. Y lo decía porque ahí asoma el Gonzalo Santonja más fidedigno, el que tiene vocación de ermitaño y lo demuestra, el añorante de un ayer de refranero y filandones cabe el fuego, el que ama silencios demorados y fructíferos, el que gusta de conversar con sus soledades en senderos desolados. Es éste el Santonja más veraz, el que permanece debajo de quien se solapa a la espalda del profesor prestigioso de la Complutense, el que se esconde debajo de quien ha merecido los premios de más relieve en el ámbito nacional y autonómico, el

infatigable promotor de tantos eventos en el campo de la literatura y de la lengua españolas.

Y aquí toca que enfatizamos que resulta bien conocida la gran y múltiple actividad desplegada por Gonzalo Santonja en la cultura de nuestro tiempo, una actividad a menudo trepidante que, ahora he acabado de comprenderlo, se nutre, y permítaseme una expresión coloquial, de ese cargarse las pilas del alma en el aire crudo y seco castellano, andando y andando por todas sus leguas más adentradas, y desviándose a cada paso en pos del reclamo de los ramales más olvidados, casi siempre celadores de inesperadas sorpresas y enseñanzas.

He aquí, pues, cómo ese hombre que parece a simple vista moverse tan cómodamente por los asfaltos del poder, ocurre que nos transmite en *Siete lugares* que lo que de veras le tira, lo que realmente le motiva es el llamado de los caminejos perdidos, la cita del diálogo anímico con los lugareños de los vallezuelos y villorrios que tan pocos conocen y que, por el contrario, el tanto frecuenta, llevándolos estampados en su espíritu cuando aparece por tales o cuales ciudades, cuando gestiona con sobrada diligencia estos o aquellos asuntos, cuando fomenta y dirige unas y otras empresas culturales o académicas.

Ese hombre al que acaso podamos cruzarnos un día, pongamos incluso que en unos famosos establecimientos comerciales, tal vez no sea en puridad Gonzalo Santonja, sino acaso su sombra, porque el Gonzalo Santonja que está hecho de la materia de los sueños castellanos está allí, sigue estando allí, su corazón está clavado allí, de donde nunca se ha movido ni se mueve.

He de reconocer que nuestra visión de Gonzalo Santonja se ha modificado bastante después de la lectura de este magnífico libro. No le veremos ya sobre todo como filólogo, sino también como aficionado fiel y competente a la espeleología, y por tanto como persona que mantiene muy viva una pasión, que ha dejado de ser sólo compartida por sus amigos más cercanos, por la naturaleza y por la historia y el arte en sus diversas formas.

*Siete lugares* nos muestra igualmente cómo gusta su autor de sumergirse, tiempo a través, en el pasado, en especial en el del Medioevo, al que tienen por eje algunas de esas prosas. A los lectores nos llega con entera limpieza esa indisimulable satisfacción de Santonja al adentrarse en la atmósfera de los siglos medios bajos, de los que nos rescata historias de añejas antigüedades, gestas hagiográficas, vicisitudes de eremitorios y conventos. Cumple subrayar, al respecto, el gran interés de sendas prosas de este volumen, en concreto las tituladas “Un mundo en sombras” y “El ojo de Dios”, para acercarse a la Edad Media con el corazón, y desde el convencimiento de la continuidad de la vida de ayer en la de hoy. En los mencionados capítulos enfoca Santonja un par de puntos nada pacíficos del medievalismo hispánico desde una perspectiva vital que en cierto modo ridiculiza eruditos afanes filológicos de índole libresca.

La incidencia medieval no se limita, empero, al par de capítulos citados, que son los que encabezan la obra, sino que afecta en distinto grado a los restantes, exceptuando al sexto, de explícita ubicación en el universo del Renacimiento. Tocante a localizaciones espaciales, la primacía corresponde a lugares de Castilla, protagonizan-

do el capítulo cuarto, "Palabras de humo hacia el lago Ausente", las tierras leonesas de maragatería y de las montañas vecinas de Asturias. *Velis nolis*, el emplazamiento de este capítulo, en el epicentro neurálgico del volumen, peralta de algún modo el aprecio hacia el escenario leonés por parte del autor.

Procede reservar unas líneas, por último, a la escritura del libro como tal escritura. Obra de marchamo narrativo, presenta muchos momentos de marcado calibre poético, de elevada temperatura lírica: no sin acaso en Gonzalo Santonja se conjugan, además de la ensayística, las vertientes de poeta y de narrador.

Resalta en *Siete lugares* el singular lenguaje empleado, un lenguaje que rezuma el abolengo áureo de quien se deja llevar de tanto en vez por giros y léxico añejos, aprendidos en los clásicos renacentistas y barrocos, lo que no obsta para que Santonja se valga, aquí y allá, del decir del refranero tradicional. Excepcionalmente puede el lector saborear en *Siete lugares* la plasmación de períodos retóricos amplios, en convivencia con un habla jergal, con un léxico de rara prosapia y curiosidad, y con el rebañado de frases consabidas en busca de destellos de nuevo sentido, pero lo más característico es el uso de un castellano de decantación a menudo sentenciosa, sobriamente bello.

Gonzalo Santonja no se ha propuesto ocultar en este libro su placer en escribirlo, su celo en recrearse en diferentes suertes idiomáticas en esas páginas en las que, en la estela de Unamuno y de Bergamín, nos ha transmitido sus vivencias y reflexiones a partir de siete lugares de Castilla y León.

**José María Balcells**



**Enrique Serrano Asenjo. *Vidas Oblicuas: Aspectos teóricos de la nueva biografía en España (1928-1936)*. Zaragoza (Prensas Universitarias de Zaragoza) 2002.**

Este libro, que consta de un breve prólogo, cinco capítulos y una extensa lista de la bibliografía consultada, ofrece un interesante estudio acerca de la Nueva Biografía, género que alcanzó su auge en España entre los años 1928 y 1936. El texto demuestra que su autor ha reunido una abundante documentación y que ésta ha sido estudiada con una visión crítica que nos ayuda a llegar siempre un poco más allá del simple dato enunciado.

La nueva biografía es un género que surgió en Europa en el período de entreguerras. Logró un notable desarrollo, tanto por la cantidad como por la calidad de las obras que aparecieron en aquellos años y que fueron traducidas y publicadas en casi todos los idiomas. Sin embargo, casi desde el inicio, se enfrentaron dos posiciones más o menos antagónicas, que buscaban establecer los límites entre los que el autor podía moverse sin traicionar el carácter propio de una biografía. Nos referimos a la polémica "¿Arte o historia?", es decir, si al biógrafo le está permitido recrear la vida de su personaje y hacerla más atractiva mediante las artes literarias, o si debe atenerse únicamente a las fuentes documentales, sin componer los hechos ni insuflarles una vida que pudiera tomarse como creación de un novelista. Entre estos dos extremos